

¿Qué está pasando en la liturgia actual?

Tensiones eclesiales a propósito de la celebración cristiana

Alejandro Labajos Broncano, SJ

Universidad Pontificia Comillas
E-mail: alabajos@teo.upcomillas.es

Recibido: 20 de abril de 2014
Aceptado: 6 de mayo de 2014

RESUMEN: En el panorama litúrgico actual conviven diversas tendencias causantes de enfrentamientos eclesiales. Las tensiones, más allá de opciones estéticas, afectan a la identidad de la Iglesia y su relación con el mundo contemporáneo. En este panorama, las decisiones de Benedicto XVI ponen de manifiesto algunas cuestiones no resueltas cincuenta años después de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II: la sacralidad y la dialéctica moderna entre el culto y la cultura.

PALABRAS CLAVE: *Sacrosanctum Concilium*, sacralidad, relación culto/cultura, *Summorum Pontificum*, mistagogía.

Hasta hace unas décadas la liturgia era un aspecto de la fe cuyo dominio parecía exclusivo de los ministros del altar. De *ritus et preces* se hablaba en los monasterios, los seminarios y las sacristías. Hoy el conocimiento y las opiniones sobre la celebración cristiana se han democratizado. Sin embargo, cincuenta años después de la aprobación de *Sacrosanctum Concilium* por una amplísima mayoría de padres conciliares, su recepción no está exenta de enfrentamientos eclesiales.

En estas páginas pretendemos tomar el pulso a la situación li-

túrgica y ofrecer algunas pistas de comprensión. Presentaremos varios aspectos del panorama litúrgico actual y realizaremos un recorrido por las decisiones pontificias recientes, para recalcar en el análisis de dos de las causas de dichas tensiones. Nos encontramos ante cuestiones que afectan a la fe y a la identidad de la Iglesia.

Algunos aspectos del escenario litúrgico actual

Se constata la abundancia de sitios de Internet dedicados a la cele-

bración cristiana. Las páginas y vídeos disponibles se cuentan por millones. Las temáticas presentan una amplia variedad: lecturas de la misa, espacios catequéticos, reflexión teológica e historia de la liturgia. La autoría de estos recursos se debe a sacerdotes, catequistas, aficionados, y algunos *comentado* que recurren a la liturgia como modo de generar polémica eclesial¹. En pocos segundos podemos conocer cómo celebran la fe diversas tradiciones cristianas y adentrarnos en directo en sus rituales. La liturgia se ha instalado vigorosamente en el continente digital.

Síntoma del interés por la liturgia también parece ser el creciente número de publicaciones sobre el tema. De los clásicos libros orientados a preparar la homilía, se ha pasado a editar escritos acerca de como entender y vivir mejor la celebración cristiana, sus gestos, símbolos y oraciones. Proliferan las obras teológicas que tratan de justificar las opciones celebrativas del panorama postconciliar. A nadie extraña ya que haya personas que siguen la liturgia de la Palabra ayudados de sus *smartphones*. Los diarios electrónicos religiosos

publican frecuentemente noticias sobre asuntos litúrgicos.

Están surgiendo numerosas congregaciones religiosas (i.e. *Fraternidades de Bethlem*) y movimientos laicales (i.e. *Sant'Egidio*) que dedican un tiempo sustancial a la celebración de la fe. Cuidan la liturgia con esmero. Muchas de ellas llevan su mirada hacia los usos celebrativos propios de las Iglesias de Oriente –menos austera en su expresión que los de la Iglesia latina–. Coincide que –en un proceso que el tiempo consolidará y purificará– presentan gran número de vocaciones juveniles. Con frecuencia, los posibles candidatos llegan atraídos por la belleza de la liturgia. ¿Asistimos a un fenómeno de involución o autodefensa? ¿Es una demanda de los jóvenes creyentes actuales? Como en todo, las interpretaciones se multiplican. El fenómeno es real.

Como contraste, existe todavía un sector de creyentes –entre ellos sacerdotes– de la generación inmediatamente postconciliar que mira la liturgia con sospecha. La relegaron a un asunto puramente clerical y, aun celebrando cotidianamente, no conocen bien los rituales ni la mistagogía propuesta por el Concilio Vaticano II. En paralelo, se percibe una preocupación en la jerarquía eclesial por la

¹ Cfr. J. GONZÁLEZ PADRÓS, «Las nuevas ágoras litúrgicas»: *Phase* 398 (2012), 173-193.

ausencia de una seria formación en el *ars celebrandi*².

Polarización ideológica de la liturgia

Un paseo por la red en busca de imágenes litúrgicas ilustra los fenómenos reseñados más arriba. En el panorama actual conviven tendencias divergentes: fotografías de liturgias de estilo postconciliar, celebraciones *versus orientem*, casullas con ilustraciones de Batman y Superman, resucitadas tonsuras que evocan las escenas monásticas de Zurbarán, presidentes de la eucaristía en vaqueros y estola, despolvados ajuares barrocos, espectáculos eucarísticos al estilo de Broadway, etc. La contemplación de este paisaje inmediatamente plantea una pregunta: ¿nos referimos todos a lo mismo al hablar de *liturgia*?

Estas imágenes provienen de lugares al servicio de sensibilidades que en algunos casos han tomado la liturgia como arma ideológica de primer orden. Asistimos a una

² Véase p.ej. las indicaciones del Papa Francisco sobre la predicación en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 135-146 (todos los documentos pontificios citados provienen de www.vatican.va).

fuerte polarización entre los que se proclaman abanderados de la liturgia del Vaticano II y los de la preconciliar. De manera especial, los *blogs* dan cauce a reclamos apologéticos, en muchos casos poniendo en duda el valor de las directrices de *Sacrosanctum Concilium*. Abundan espacios donde se denuncian abusos litúrgicos ilustrados con vídeos o fotografías. Asistimos a un cierto control «litúrgico» social.

Internet se ha transformado en un *mentidero* litúrgico escaparate de perspectivas contrapuestas. El tratamiento dado a la liturgia en los foros, el auge editorial, el empeño celebrativo de las nacientes congregaciones, la persistente sospecha clerical y la fuerte polarización ideológica constituyen algunos ejemplos de que la liturgia está viva, que manifiesta y provoca tensiones eclesiales.

Una aproximación superficial circunscribiría el tema a cuestión de formalismos, de envoltorio, de aspectos que no rozan el corazón de los problemas teológicos, eclesiales y culturales de hoy. Sin embargo, la cuestión posee mayor calado. Hagamos una primera incursión en el magisterio pontificio reciente para constatarlo.

Decisiones pontificias recientes

El Concilio Vaticano II y su recepción por parte del cuerpo eclesial constituyen el marco de comprensión en el que situar las convulsiones litúrgicas y sus altas dosis de ideología. La acogida, profundización y asimilación de las directrices conciliares abrieron una nueva etapa del mismo. Hubo sectores eclesiales a los que sus resoluciones les supieron a poco; otros las vivieron como una violación de los principios y usos tradicionales de la Iglesia. Estas sensibilidades permanecen vivas y, con frecuencia, utilizan la praxis litúrgica como bandera y como proyectil. En la etapa postconciliar la polarización se ha agudizado.

Los últimos pontífices han señalado en repetidas ocasiones que el instrumento de referencia indiscutible para la peregrinación eclesial contemporánea es el Concilio. Sin embargo, no acabamos de ponernos de acuerdo donde está el norte de esta brújula, como lo denominó Juan Pablo II, que ha de guiar nuestra marcha³. El pro-

blema esencial al que nos enfrentamos es la dialéctica entre novedad y tradición, entre ruptura y continuidad de la Iglesia contemporánea con su propia historia en el contexto de la modernidad. Las sacudidas litúrgicas manifiestan los diversos intentos de forzar el rumbo. Benedicto XVI consciente de esta tensión eclesial señaló al comienzo del *Año de la fe* la necesidad de volver al Concilio como guía «sin nostalgias anacrónicas ni huidas hacia adelante»⁴.

El fino análisis de la realidad eclesial realizado por el Papa emérito así como su aguda capacidad para detectar y nombrar problemas, le llevaron a proponer un criterio interpretativo del que la liturgia no es ajena. Se trata del paradigma de la *novedad en la continuidad* frente a la *hermenéutica de la ruptura*.

En el ámbito litúrgico, el papa Ratzinger constata que hay fieles deseosos de celebrar según los usos preconciliares a causa de una supuesta pérdida de sacralidad en los modos actuales –¿se ha roto con la tradición?–⁵; además, seña-

³ Ver, p.ej., las orientaciones contrapuestas de estas dos obras recientes: E. YON, *Sainte Liturgie: Relire le Concile*, Paris 2011; M. FAGGIOLI, *True Reform: Liturgy and Ecclesiology in Sacrosanctum Concilium*, Collegeville 2013.

⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía de la misa de apertura del Año de la fe* (11 de octubre de 2012).

⁵ Id., *Carta apostólica adjunta al motu proprio Summorum Pontificum* (7 de julio de 2007).

la como algunos sectores más afines a la sensibilidad conciliar no habían asumido plenamente las directrices y el espíritu de *Sacro-sanctum Concilium* –¿cómo celebrar según la sensibilidad actual?–⁶.

Por un lado, los ámbitos donde se percibe la añoranza de los usos antiguos se han hecho más visibles. A menudo, esta nostalgia está revestida de desconfianza hacia el Concilio Vaticano II y de puesta en duda de su autoridad magisterial. Desde una hermenéutica cuestionable, se señala: «si esta es la liturgia que nos ha traído el Concilio –refiriéndose a los abusos litúrgicos postconciliares–, entonces este se equivocó». Así, o bien se vuelve a la praxis tridentina con una cierta rigidez y sin conocimiento del contexto en que surgieron sus rituales, o bien se espolvorea la liturgia conciliar con ingredientes antiguos sin caer en la cuenta de que una praxis ritual y otra funcionan desde paradigmas teológicos y lingüístico-culturales diferentes. Estos grupos de fieles se autodenominan adeptos a la *liturgia tradicional*. Se trata de una expresión engañosa porque conlleva afirmar que la liturgia del Vaticano II supuso una

ruptura con la historia de la Iglesia e ignorar el trabajo de relectura de las fuentes llevado a cabo por el movimiento litúrgico y los peritos conciliares⁷.

Por otro lado, no faltan quienes llevaron a cabo acciones litúrgicas en nombre del Concilio que no respondían al mismo. Amparándose en él, pero ignorando los rituales que iban apareciendo y su espiritualidad, se lanzaron a la aventura de una creatividad poco discernida. Todavía se escucha una pregunta que fue habitual: «¿para qué sirve la liturgia sino para saltársela?». Los grupos de liturgia parroquiales se agotan en el esfuerzo de entretener.

Estas posturas se suelen alinear con ideologías conservadoras y progresistas, cuyo trasfondo son concepciones divergentes de Iglesia. La tensión que provocan se

⁶ ID., *Discurso en el encuentro con los párrocos y el clero de Roma* (14 de febrero de 2013).

⁷ El ejemplo más claro es la acusación de la Fraternidad Sacerdotal San Pio X a la Iglesia católica de haber caído en las redes protestantes y haber pactado con la modernidad. Cfr. D. BONNETERRE, *Le mouvement liturgique de Dom Guéranger à Annibal Bugnini ou le Cheval de Troie dans la Cité de Dieu*, Escurrolles 1980, 159. Esta obra señala que el origen de todas las desviaciones de la liturgia actual se encuentra en la inspiración «protestante» del *ordo missae* de 1969 en el ritual de Taizé.

halla presente en la vida cotidiana eclesial; no es cuestión exclusiva de las estancias vaticanas. La problemática, además, viene de lejos. Mientras los obispos del primer sínodo postconciliar (1967) alababan la reforma litúrgica, surgían voces en contra de la misma⁸.

El teólogo Ratzinger ya se había pronunciado sobre las turbulencias litúrgicas en el marco más amplio de la recepción del Concilio. Una de sus mayores insistencias era la necesidad de reencontrar el primado de la adoración de Dios frente a la autocelebración, pues «cuanto más hacemos la liturgia para nosotros mismos –señalabamos– menos atractiva resulta, porque todos sienten que lo esencial se pierde cada vez»⁹. Tal afirmación la conecta estrechamente con el sujeto de la modernidad y su búsqueda de liturgias de autoafirmación¹⁰.

Es decir, el problema es más amplio que lo puramente intraeclesial, pues arraiga en la cultura del

creyente actual: el de la secularización occidental, con su crisis de transmisión de valores y exaltación del individuo. ¿Cómo acoger hoy la Tradición litúrgica? ¿Es ésta sinónimo de inmovilismo o fuente de una sana creatividad? ¿Quién es el creyente de hoy? Un motivo repetido en su pensamiento es que «para nada sirve el arcaísmo, así como tampoco sirve para nada la pura modernización»¹¹.

Una parte de las generaciones creyentes actuales añora la llamada liturgia tradicional –que muchos nunca conocieron–. Otra parte tal vez no entendió la reforma e inspirados por el utopismo de Mayo del 68 tuvieron serias dificultades para acoger los verdaderos valores del Concilio y su deseo de un *aggiornamento* desde dentro. En ambos casos, el reto continúa siendo el modo de articular una relación fecunda de la Tradición con la

⁸ Cfr. T. CASINI, *La túnica Stracciata*, Florencia 1968, cuyo prefacio fue escrito por el cardenal de la curia A. Bacci.

⁹ J. RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe*, Madrid 2004, 132.

¹⁰ J. Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor*, Salamanca 1993, 43-45.

¹¹ J. RATZINGER y V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid 2005², 131 y 145. Cfr. el estudio sobre la perspectiva litúrgica de Ratzinger en el conjunto de su teología en J. BALDOVIN, *Reforming the Liturgy: A Response to the Critics*, Collegeville 2008, 65-69, 77-78. La misma cuestión la abordan otros autores desde una perspectiva complementaria, ver AA.VV. [G. AUGUSTÍN y K. KOCH (eds.)], *La liturgia como centro de la vida cristiana*, Santander 2013, esp. 137-166.

sensibilidad de los hombres y las mujeres de hoy. La subjetividad individual como criterio primario de la vivencia religiosa –con estética pre- o post- conciliar– se confronta directamente con la pretensión litúrgica de objetividad, de herencia recibida, de mistagogía estructurada¹². Trento y el Vaticano II constituyeron actos de Tradición que siguen demandando nuevas profundizaciones. Más allá de los ritos mismos, se disputa la identidad eclesial en el mundo contemporáneo.

Pretendiendo afrontar las posibles consecuencias de una división eclesial más fuerte, Benedicto XVI trató de ofrecer una solución. Así, a los pocos meses de su elección como pontífice, en el discurso a la curia con motivo de la celebración navideña, lanzó una tesis que se ha convertido en lugar común: la *novedad en la continuidad* como modo de salir al paso de las tensiones hermenéuticas postconciliares. Sus decisiones en materia litúrgica serán manifestación de dicha propuesta interpretativa¹³.

¹² J. RATZINGER, *Informe sobre la fe*, 32.

¹³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso a la curia romana* (22 de diciembre de 2005); ID., *Sacramentum Caritatis* (22 de febrero de 2007), 62; ID., *Instrucción Univer-sae Ecclesiae* (13 de mayo de 2011).

Años antes Juan Pablo II había intentado afrontar la cuestión. En 1988 creó la Pontificia Comisión *Ecclesia Dei* para abordar específicamente la problemática con la Fraternidad San Pio X. En el documento constitutivo demandaba respeto por aquellos que se sienten atraídos por la tradición litúrgica latina y pedía que los teólogos clarificasen plenamente la continuidad del Concilio con la Tradición¹⁴. Conviene subrayar que fue el mismo Juan Pablo II quien excomulgó a los *lefebvristas*–firmes defensores del *ordo vetus*–.

Apoyándose en dicha comisión, en 2007, Benedicto XVI publicó el *motu proprio Summorum Pontificum* permitiendo bajo determinadas condiciones la celebración litúrgica según la forma previa al Concilio. En el documento anima a los obispos a acoger *amplia y generosamente* la posible petición de grupos de fieles. Las razones aducidas son el reconocimiento de la riqueza de la Tradición eclesial y la posibilidad abierta para integrar la reforma conciliar sin rupturas. Para ello acuñó las expresiones *forma ordinaria* y *forma extraordinaria* para los rituales postconciliar y preconiliar respectivamente. Paradójicamente,

¹⁴ JUAN PABLO II, *Ecclesia Dei* (2 de julio de 2008), 5.

la coexistencia de dos expresiones litúrgicas en nuestra tradición supone una novedad en la historia de la liturgia.

En dicho *motu proprio*, Benedicto XVI afirma: «El Concilio Vaticano II expresó el deseo de que la debida y respetuosa reverencia respecto al culto divino se renovase de nuevo y se adaptase a las necesidades de nuestra época»¹⁵. Temiendo que la reforma litúrgica se pusiese en duda, la forma extraordinaria contribuiría a la mejor celebración según el ritual postconciliar; es decir, permitiría recuperar la expresión de la sacralidad como elemento perdido en el *aggiornamento* litúrgico. El foco lo dirige, por tanto, al modo de celebrar y no en la reforma misma. De hecho, el pontífice añade: «No sería coherente con el reconocimiento del valor y de la santidad del nuevo rito la exclusión total del mismo –por parte de quienes usan la forma extraordinaria–»¹⁶.

Para el Papa emérito, en definitiva, lo decisivo es que la tradición litúrgica se perciba como algo

¹⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Summorum Pontificum* (7 de julio de 2007).

¹⁶ Cfr. carta adjunta a *Summorum Pontificum* (sobre ello ya se había pronunciado el papa en *Sacramentum Caritatis* 3).

vivo, cuyo crecimiento y progreso se dan en la historia misma de la Iglesia. ¿Cómo renovar la expresión de la sacralidad en las celebraciones actuales? ¿Cómo continuar afirmando la primacía de Dios en tiempos de reafirmación del individuo? Las consecuencias teológicas y eclesiales de estas decisiones son evidentes. Como Benedicto XVI reconoce entran en juego la confesión de la fe, la unidad de la Iglesia y su lugar en el mundo contemporáneo.

La sacralidad en cuestión

En la carta anexa a *Summorum Pontificum* y en otros escritos previos Ratzinger apuntaba a la falta de vivencia de la sacralidad como uno de los factores causantes de los desequilibrios litúrgicos. Reverencia y veneración parecen vocablos y realidades desaparecidas de nuestros espacios celebrativos. El hecho se antoja una reacción a un tiempo en que pudo confundirse el respeto por lo sagrado con el miedo y la represión. El silencio y el recogimiento han dejado paso a las conversaciones y los sonidos de los dispositivos móviles en los espacios litúrgicos.

La acusación de la pérdida de sacralidad, por un lado, parece ser

uno de los motivos presentados por los grupos «tradicionalistas» para regresar a la forma extraordinaria. Por otro lado, la excesiva lejanía con respecto a la fe vivida cada día ha podido motivar la alergia por todo lo que pueda ser percibido como formalismo vacío y ritualismo acicalado. Llevadas al extremo, estas posturas transparentan –además de los respectivos enrocamientos ideológicos– la paradójica relación entre la sacralidad religiosa y la modernidad.

El retorno a lo sagrado y la pervivencia de rituales seculares establecidos contrastan con la búsqueda de inmediatez relacional a través de las redes sociales y el deseo de dejar a toda costa un sello de originalidad personal. La sacralización de lugares –estadios de fútbol–, objetos –*smartphones*– y personas –mitos culturales– sigue perviviendo, pero se combina con el culto al yo –«sé tú mismo»–¹⁷.

Pero, ¿a qué nos referimos con «lo sacro»? Desde el punto de vista de la antropología, es aquello que se opone a lo profano. Clásicos son los apuntes de E. Durkheim en los que explica como en toda sociedad

se lleva a cabo una clasificación de lugares, objetos, roles sociales, etc., para poner de manifiesto esta oposición. A dicha noción se vinculan a menudo las ideas de prohibición, pureza ritual y tabú. Frente a una instancia considerada sagrada –no necesariamente religiosa–, se guarda una cierta separación y reverencia por el valor que se le atribuye. De algún modo, la relación con lo sagrado permite expresar la distancia frente a lo desconocido, lo trascendente, lo inaccesible¹⁸.

Aunque las comunidades cristianas de la primera hora parecieron huir del lenguaje sacro de su entorno ante posibles derivas mágicas, muy pronto el vocabulario cristiano se resacralizó¹⁹. De ahí que sigamos hablando de *sacerdocio* y *sacrificio*, y que en los documentos del Vaticano II aparezcan en multitud de ocasiones las palabras *sacro*, *reverencia*, *respeto*, etc.

En realidad, la crisis de lo sacro en nuestras celebraciones apunta a la posibilidad misma de delimitar al hilo de la existencia ciertos lugares, usos y modos de proceder que per-

¹⁷ E. DURKHEIM, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid 1992, 32-37; cfr. A. DUCH, «Liturgia y retorno de lo sagrado»: *Phase* 181 (1991), 67-76.

¹⁸ Cfr. A. VERGOTE, «Equivoques et articulations du sacré», en E. CASTELLI (ed.), *Le sacré*, París 1974, 417-492.

¹⁹ L.-M. CHAUVET, «Sacrificio: una noción dentro del cristianismo»: *Concilium* 352 (2013), 499-500.

mitan realizar un itinerario hacia el Misterio de Dios. La clave supera el ánimo de recuperar lo sacro en cuanto separación buscada por sí misma; se trata del interés por santificar la existencia y de abrir espacios de adoración. Si muchos jóvenes –muchos religiosos– aman la liturgia, quizá haya que pensar que buscan referencias explícitas a Dios ausentes del mundo secular, no sólo refugio ante amenazantes rapaces de la modernidad²⁰.

Desde esta perspectiva, lo sacro sigue poseyendo su carta de ciudadanía en el universo celebrativo cristiano²¹. Necesitamos superar las tensiones –insistimos, a menudo ideologizadas– y buscar renovados modos de manifestar el respeto y la admiración ante la Trascendencia con el lenguaje de hoy. ¿Se identifica necesariamente la sacralidad con una determinada estética, sea esta barroca o post-moderna? No resultará suficiente el recurso a los modos hieráticos del pasado ni la eliminación de toda forma de separación bajo capa de cercanía y espontaneidad. Inti-

midad y distancia son parámetros necesarios en toda relación humana madura, también con Dios.

El riesgo de absolutización de lo sacro, manifestado en una cierta violencia contra los no-iniciados y contra quienes rompen las reglas establecidas de relación; o su ridiculización, bajo capa de una supuesta capacidad mística de contacto directo con lo divino, impiden la apertura de la persona a la Trascendencia y su juego de mediaciones. Entre la absoluta opacidad y la diafanía transparente, el lenguaje litúrgico propone la epifanía, a saber, la vivencia de la irrupción del Misterio de Dios hecho hombre a través de un itinerario de mediaciones. Tal criterio ayudará a reencontrar la expresión de la sacralidad, «pues toda celebración litúrgica, en cuanto obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia» (SC 7).

La dialéctica culto/cultura

Junto a la cuestión de la sacralidad, un segundo factor causante de las tensiones eclesiales sale al paso: la dialéctica entre las formas rituales y la cultura contemporánea. Se suele afirmar que ya no se comprenden los signos ni las pa-

²⁰ Cfr. M. BRULIN, «Requête de sacralité ou entrée dans le Mystère?»: *La Maison Dieu* 257 (2009), 99-129.

²¹ Cfr. H. U. VON BALTHASAR, «Liturgia y respeto», *Sponsa Verbi* II, Madrid 2001, 455-464; VV.AA., *La liturgia alla prova del sacro*, Roma 2013.

labras de nuestras celebraciones. Es decir, nos encontraríamos ante un problema de lenguaje: ¿cómo articular la programación ritual que el cristianismo reconoce en su tradición y las sensibilidades culturales de nuestro tiempo?

Esta tensión irrumpe con toda su crudeza con el advenimiento de la modernidad. La cultura se ha ido comprendiendo más como expresión de la propia originalidad del individuo y menos como cristalización de los referentes identitarios asimilados por los colectivos sociales.

La dialéctica entre culto religioso y cultura moderna podría expresarse así: el culto apunta a la Trascendencia, la cultura remite al sujeto; el culto conlleva conformismo con unas normas convencionales, la cultura desarrolla la expresión de sí mismo; el culto repite, la cultura innova; el culto es teocrático, la cultura sitúa al sujeto como maestro y señor; el culto está restringido a una casta iniciada, la cultura es un bien de todos, etc.²². De ser así, estos extremos

abrirían una brecha insalvable entre nuestro mundo celebrativo y el lenguaje cultural contemporáneo. El culto religioso quedaría reducido a sumisión y formalismo externo; siendo el ideal de la cultura la articulación de un espacio en el que el sujeto vive según su propio ritmo, temporalidad, deseo y lenguaje. Por esta razón, con frecuencia se critica a la liturgia por estar constituida de una serie de ritos y símbolos impuestos que parece que ya no sirven para hoy. Ahí radica la necesidad que tantos equipos de liturgia tienen de poner a prueba constantemente su creatividad y de construir celebraciones entretenidas.

El núcleo de la cuestión –que en ocasiones queremos reducir a un lenguaje que se entienda– es la concepción de la cultura como instancia identitaria auto-construida; mientras que la ritualidad cristiana, en su propia lógica interna, pretende erigirse como constructora de una identidad que se origina y recibe del misterio pascual.

Por eso, la armonía no se alcanzará sólo con un *aggiornamento* simbólico, pues la marca propia de la modernidad implica el culto a la particularidad del individuo y a la auto-celebración. ¿Estamos ante un escollo insuperable? Tanto la creatividad revestida de puesta al

²² Cfr. P. M. GY, «Culte et culture»: *La Maison Dieu* 159 (1984), 83-89; P. MAYOL, «Culte et culture en tension»: *Id.* 208 (1996), 47-64; J. GAGEY, «Intériorité, culte et liturgie», *La Maison Dieu* 208 (199), 113-131.

día cultural como la absolutización de las rúbricas «tradicionales», desplazan lo esencial de la liturgia: Dios que salva. Cuando se dan algunos de esos extremos se acentúa el *nosotros* de los celebrantes.

En este sentido, la liturgia tiene mucho de contracultural, pues es la memoria de la historia de la salvación recibida de Dios y no solo un acto de culto propio del ejercicio religioso individual. La programación ritual cristiana es la puesta en escena del reconocimiento de la acción siempre actual de Cristo a través de sus gestos y palabras; es la asociación de la Iglesia a una obra santificadora que no es propia. Este es el factor que ha de regir cualquier *aggiornamento* litúrgico y en virtud del cual la Iglesia ha sabido evangelizar y crear cultura.

Nuestra mentalidad moderna se resiste a admitir tal criterio de dis-

cernimiento, pero el tema supera la conservación o actualización de las formas. Es una cuestión de confesión de la fe: el primado de Dios en la Iglesia y la purificación de la idea ilustrada según la cual para que crezca el ser humano, Dios habría de desaparecer.

Conclusión

El cincuentenario de *Sacrosanctum Concilium* viene acompañado de enfrentamientos eclesiales no resueltos. A pesar de que hoy ocupa un puesto en la plaza pública eclesial, la liturgia alberga tensiones que cuestionan la identidad de la Iglesia en el mundo. El aniversario de la constitución conciliar constituye una buena oportunidad para su relectura y para la reflexión, a fin de que el hombre de este tiempo pueda seguir celebrando con verdad los sagrados misterios. ■